

LA BIOÉTICA DE LOS INFORMES ACRE

Natalia López Moratalla

Catedrática de Bioquímica y Biología Molecular.

Presidenta de AEBI

La apuesta de AEBI por los Informes ACRE supone simplemente una invitación a colaborar en este aspecto de la Bioética que es considerado prioritario en este momento, sin menoscabo de otros muchos. La sociedad, en general, necesita una información actualizada de aspectos de las ciencias que incumben de forma directa a los ciudadanos, para poder debatir, opinar y elegir.

De ahí, asumir la tarea de informar tanto a los medios de comunicación, como a profesionales sanitarios, legisladores y políticos, docentes y en sentido amplio a la sociedad. Los informes ACRE pueden ser instrumento para potenciar una Comunicación Científica rigurosa: una labor interdisciplinar entre Bioética y Comunicación científica.

Ética de la Bioética

Mirando hacia atrás, y mirando el contexto cultural, científico y biotecnológico de las últimas décadas del siglo XX, surge la necesidad de que la Bioética alcance verdaderamente su estatus interdisciplinar que le corresponde como ciencia, y con ello, su propio Renacimiento.

Su interdisciplinariedad tiene al menos dos niveles, ambos imprescindibles y ordenados el uno al otro.

a) En primer lugar, emitir un juicio ético sobre una determinada intervención requiere conocer rigurosamente desde las ciencias biológicas cuál es el hecho biológico y su significado natural, qué pone de manifiesto el conocimiento científico, previamente a la utilización o intervención en él.

El rigor en el punto de partida, en los datos y las hipótesis que avalan en cada época de la historia de la ciencia, libera la inteligencia de las distorsiones del enfoque con que se mira; y especialmente puede liberar la inteligencia de confundir la realidad natural con lo que podemos técnicamente hacer al manipularla.

b) El segundo escalón, la racionalidad ética, requiere poner en relación el sentido biológico del proceso, o hecho concreto, con el sentido humano, o en su caso en relación al valor relativo de los seres vivos no humanos. Lo decisivo es la dimensión propiamente humana: cómo y de qué manera cada dimensión biológica involucra a la persona titular del cuerpo.

La integración de ambas racionalidades, una verdadera interdisciplinariedad, es exigencia interna del conocimiento bioético. Es la Ética de la Bioética. Dos aproximaciones racionales a la misma realidad con sus exigencias propias.

Tal integración corre el peligro de falsos y cómodos atajos. Bien por negar que los procesos, que ponen de manifiesto los datos empíricos, carezcan de significado natural propio y, por ello, sólo el voluntarismo del hombre les diera sentido. O bien, por soslayar la tarea de verificar la descripción de los hechos sustituyéndola por lo que se sabe por convicciones religiosas, por planteamientos culturales, etc. En definitiva el peligro de caer en una rendición de la razón a los beneficios del poder técnico o de una falsa tolerancia. La condición necesaria es aceptar que hacer ciencia o filosofar exige respetar el rigor propio de los diversos niveles o formas de conocimiento.

Diferentes aspectos del contexto social y cultural de estos años han hecho que la Bioética, no haya alcanzado la calidad deseable como ciencia en los tres aspectos señalados: racionalidad científica, racionalidad ética y la armoniosa integración de ambas.

Un aspecto de gran influencia en el déficit de calidad ha sido la rapidez de la expansión de su cultivo, provocada, en parte, por la obligatoriedad legal de que los centros sanitarios tengan sus propios Comités de Bioética, la creación de Comisiones Nacionales y Comités Europeos, los GEOS de la UNESCO, la enseñanza obligatoria en Universidades y Enseñanza Media, la concesión de créditos de

universidad a Jornadas y Cursos, etc., Se entiende la proliferación de demanda de titulaciones, lo que hace peligrar una formación rigurosa y la aparición de asesores, «expertos» alejados, si no ajenos, a los ámbitos de la Bioética.

Otro tipo de déficit ha sido el déficit de racionalidad, debido a uno u otro tipo de dualismo. De una parte, la separación de las dos dimensiones o dinamisismos de la única vida de cada uno que hace que cuerpo humano sea siempre personal, que lo emocional y lo deliberativo estén integrados en unidad: la naturaleza humana es biología potenciada con libertad, un viviente libre. Y de otra, la separación entre lo natural y lo racional al no dar cuenta de los límites naturales de la corporalidad.

La biología en la bioética

En esa integración de ciencia biológica y ética juega hoy el papel más esencial la biología de la bioética. Como refirió el Prof. Gonzalo Herranz en la conferencia de clausura de un Master en mayo de 2011, *«Hay que estar persuadido de que las ciencias biológicas necesitan una revisión continua, para no quedarse atrás. Y también para no perder el norte, pues esas ciencias no se valen sin la ayuda de una ética fuerte... Y, al revés: una ética sana necesita de una biología sana».*

Y continúa *«¿Por qué la ética necesita de la biología? Los filósofos, los teólogos y los que se autodenominan bioeticistas, hablan mucho de la ética de la bioética, pero poco, y no muy bien, de la biología de la bioética. Y, sin embargo, un buen cultivador de la Bioética tendrá que gastar muchas horas para aprender*

biología, para tener de ella un conocimiento críticamente evaluado, personalmente asumido. La biología confiere identidad a la bioética, es parte de su esencia».

Ciertamente, la ciencia no es la fuente de la que mana la ética, pero ciertos datos científicos son éticamente relevantes. Por ello no es suficiente, aunque sea muy necesario, dominar los principios, reglas y procedimientos de la ética. Es imprescindible un conocimiento serio, actual, de la biología: de sus fundamentos teóricos y sus métodos.

La «opinión científica de un experto», en cuanto opinión científica, tiene en primer lugar unas exigencias críticas, propias de la ética del conocimiento, sobre la calidad de los datos. Un exceso de hipótesis no demostradas, datos imprecisos, citas de datos relevantes copiadas una y otra vez sin comprobación, o datos incluso tímidamente publicados, que sin embargo refutarían los usos rutinariamente, han constituido la arena movediza del debate sobre temas centrales de estas décadas: el estatuto del embrión humano y la transmisión de la vida humana.

Se requiere leer críticamente la biología, en especial en aquellos campos que más directamente nos conciernan, y garantizar así la calidad de los datos biológicos que introducimos en las propias reflexiones. Más aún cuando en la sociedad los avances, doctrinas y sus datos de las ciencias de la vida, y especialmente de las ciencias biomédicas, ejercen una influencia creciente. Los datos empíricos y su divulgación se han convertido en un referente a la hora de legislar.

Ciertamente, el nacimiento de la Nueva Biología, esencialmente con el logro del paradigma epigenético alcanzado ya en los inicios del siglo presente, ha tenido en fase de revolución los conocimientos, con el consiguiente deber de actualización e incluso de una cierta especialización. Esto añade una carga y un aliciente más a la tarea de comprobación de si los datos aportados como relevantes, y por ello determinantes en el juicio ético-jurídico, eran certezas, provisionales como toda certeza científica, pero sometidos a la refutación por los datos disponibles en la ciencia actual.

Los Informes ACRE pretenden asumir, con rigor y libertad intelectual, la tarea de revisar la biología que subyace en las cuestiones intrínsecas del ser humano y hacerla *renacer* positiva y creativamente. Obviamente no se trata de defender un *naturalismo* en el sentido de reducir la Bioética a las leyes biológicas, como si el cuerpo humano fuera neutro y no personal. Por el contrario, se trata de poner de manifiesto, con la Biología Humana, el plus de realidad de cada cuerpo humano, más allá de los datos empíricos.

El análisis que se pretende debe incluir también mirar al pasado reciente y poner de manifiesto los errores introducidos precisamente por una falsedad de datos biológicos tomados como dogmas oficiales. En más de una ocasión será precisa una retractación.

Es posible la objetividad

Cada generación tiene sus retos intelectuales específicos, justamente porque

en cada etapa el avance del conocimiento de la naturaleza plantea desarrollos tecnológicos que permiten un tipo u otro de intervencionismos técnicos, los cuales requieren saber hacia dónde vamos y con ello poder decidir por cuál de los derroteros avanzar.

La posibilidad de avanzar hacia la objetividad científica exige atenerse honestamente a los hechos naturales sin ignorar datos incómodos y respetando los hechos biológicos; esto es, aceptando su sentido propio y su valor. La racionalidad de la ciencia puede dar cuenta de la objetividad de las valoraciones que ha de hacer en su propio terreno, siempre y cuando se libere de dogmatismos, prejuicios, intereses particulares, creencias o in-creencias que pretendan hacer decir a la ciencia lo que la ciencia ni dice ni desdice. Es posible siempre y cuando se libere del temor de que alguien demuestre que sus convicciones no son más que mitos de épocas pasadas.

Un análisis sereno, y comprometido con el rigor propio de las disciplinas que han de entrar en la realización del mismo, podría lograr unos parámetros, «un laboratorio» objetivo, cuantificable, real, que permita comparar racionalmente el modelo elaborado por la naturaleza con el modelo cultural de *opciones y autodeterminaciones derivadas de la autonomía* de ciertos individuos humanos y no de todos.

Para muchos no hay un criterio objetivo para emitir el juicio bioético. Para otros, y a causa del extendido prestigio de las ciencias de la vida, el único criterio es precisamente la ciencia biológica. Si el hombre, como afirman, no es más que lo

que la biología constata, o más bien, lo que la biología llegará a conseguir que sea, no hay ninguna instancia que sea anterior o superior a la ciencia y a la biotecnología; ambas constituyen la instancia ética última. De manera que todo lo que con la biotecnología pueda conseguirse, debe hacerse, o al menos es justo hacerlo.

Quizá no habría inconveniente en admitir una respuesta de este tipo si, efectivamente, la ciencia biológica fuera capaz de constatar y de configurar una imagen verdadera del mundo, de la vida y del hombre. Pero no parece que con los métodos de la biología seamos capaces de dar cuenta cabal de todo lo que hay en cada ser humano: de su inteligencia, sus sentimientos, su aspiración de inmortalidad, su búsqueda irrenunciable de sentido.

Sin embargo, no es utópica una apuesta por alcanzar algunas de esas certezas científicas respecto al hombre y el mundo, capaces de aplicar los descubrimientos buscando lo que es justo y bueno. La «fuerza» propia de la biología humana, los gestos humanos, pueden detectarse precisamente por la ciencia biológica. Es posible tenerla de punto de partida con una única condición: ser capaz de superar la tentación de ver los hechos naturales como algo aislado y encerrado en sí mismo, como material neutro o como mero proceso fisiológico del cuerpo del hombre, sin otro sentido que el que el hombre quiera darle en cada momento histórico. Siempre y cuando no afirme «esto es todo».

En esta tarea las neurociencias actuales pueden desempeñar un papel esencial.

Si el punto nuclear es comprender cómo el ser humano se libera del automatismo biológico, esta área científica está poniendo de manifiesto, con rigor, cómo le es posible a cada hombre, a todo hombre, aflojar las ataduras del dictado de los genes sin romper los lazos naturales, a través de las influencias del entorno familiar, educativo y cultural, conjugándolas con las propias decisiones y la propia conducta, que hacen posible el desarrollo personal libre de cada uno.

La ciencia busca descubrir el significado natural de los hechos biológicos humanos, y puede hacerlo con rigor y profundidad. Uno de los mayores aportes de las neurociencias es precisamente la constatación de que es específicamente humano la íntima relación entre lo cognitivo y lo afectivo. Y por ello, la facultad

de juicio ético es específicamente humana al elevar a capacidad cognitiva y relacional, libre, los procesos de supervivencia animal. A diferencia, los animales no racionales se rigen por selección natural y están condicionados en todo su actuar por la voluntad de supervivencia propia o de su especie.

Las personas podemos analizar y decidir sin estar sometidas por las emociones o los sentimientos. La fisiología neuronal nos permite un «párate y piensa», necesario para decidir en una situación incluso de gran tensión emocional. Nos aporta el componente analítico propio de la racionalidad humana.

AEBI invita a sus socios, lectores de cuadernos, amigos, a participar en los Informes ACRE con libertad intelectual y creatividad.

